

... Cuando el núcleo de las
... sus aspiraciones
... el conocimiento del
... absoluto total
... la tendencia al sentimiento que la vida ter-
... sus tendencias y sus aspiraciones á
... alguna de las espíritus es-
... de primera mano

APENDICE

... de la vida
... de la vida
... de la vida

CARTAS AMERICANAS DE D. JUAN VALERA

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

ARTICULOS CRITICOS DE D. JOAQUIN CALERO

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

... de la vida
... de la vida

APENDICE



CARTAS AMERICANAS DE D. JUAN VALERA



ARTICULOS CRITICOS DE D. JOAQUIN CALERO.

El punto de que se trata es tan importante, es tan sabido, que no necesita de explicación. Yo dude de todo y no sepa nada sin examen. Usted me consta a través de sus escritos, y yo desconfío de mí mismo, que no sepa nada sin examen. Usted me muestra mi equivocación.

CARTAS AMERICANAS.

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO.

I

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: Con grande contento y satisfacción de amor propio he recibido la carta de vd. y el ejemplar que la acompañaba, del interesante libro que vd. acaba de publicar en esa ciudad de México, y cuyo título es: *El perfeccionismo absoluto. Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico.*

Harto bien comprendo el enorme disgusto de vd., después de haber condenado todas las creencias de sus mayores, renegado de ellas y quedándose sin fe en nada, sin religión y sin filosofía. Pero, si lo que vd. piensa ahora no es ilusión, nunca el refrán *no hay mal que por bien no venga*, pudo ser traído más á cuento. Lícito es afirmar entonces que la tristísima situación de ánimo en que vd. se puso, sus dudas y negaciones ultracartesianas y el vago y vacilante punto de apoyo que

CARTAS AMERICANAS
APENDICE

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO

CARTAS AMERICANAS DE D. JUAN VALERA
A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES

Muy estimado señor mío: Con grande contento y satisfacción de amor propio he recibido la carta de vd. y el ejemplar que la acompañaba, del interesante libro que vd. acaba de publicar en esa ciudad de México, y cuyo título es: *El perfeccionismo absoluto. Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico.*

solo sostenía, al borde de un abismo, el inseguro ingenio de vd., fueron á modo de trampolín, que dió empuje á dicho ingenio para brincar y encaramarse á una altura á donde en balde han aspirado á subir los sabios, desde Pitágoras, ó desde mucho antes, hasta nuestros días.

El triunfo de que vd. se jacta es tan estupendo, es tan soberbio el *eureka* de vd., y es tan precioso el hallazgo, que no ha de extrañar vd. ni tomar á mal que yo dude de todo y no acepte nada sin examen. Usted me honra y me lisonjea mucho consultándome; pero me consulta á título de escéptico, y yo desempeñaría pérfidamente mi papel si no mostrase mi escepticismo, en lo esencial al menos.

En lo restante, para no pecar de prolijo, voy á convenir con vd., y aunque voy á ir más allá, voy á dar por demostrado é innegable, así lo que vd. supone descubierto ya por la ciencia experimental, como las hipótesis plausibles que vd. aventura.

De esta suerte, vd. y yo coincidiremos en la idea que de todo el universo formamos, y en la marcha que siguen cuantas cosas hay en él, y principalmente el humano linaje, aproximándose cada vez más á la perfección.

Yo sé poquísimo de ciencias naturales y exactas; pero el saber de los otros suplirá mi saber, y yo me fiaré de lo que vd. y otros aseguren, y lo tomaré por cierto.

No es del caso entrar en pormenores. Voy á decir, en resumen, lo que tenemos averiguado.

En el espacio infinito hay innumerable muchedumbre de soles. Poco nos importa determinar aquí si es-

tos soles giran en torno de otros soles centrales, se están quietos, ó qué es lo que hacen. Nuestro sol, que es medianoje, no ha de ser privilegiado, ni el único que gustaba el lujo de tener planetas y cometas. Luego habrá de fijo planetas y cometas en otros soles, y cada uno de ellos formará un sistema solar. Como el globo en que vivimos, con ser bastante ruín, tiene plantas, animales y hombres, no podemos negar, sin justicia y sin soberbia, plantas, animales y hombres á los otros planetas de nuestro sol, y á los planetas de otros soles, y á los soles mismos. El modo de vivir, los usos y costumbres y el ser orgánico de los vivientes serán muy diversos en cada astro, porque el clima debe serlo también; pero en cuanto á entender y á discurrir, por todas partes habrá identidad. En todas partes, tres y dos serán cinco; dos cosas iguales á una tercera, serán iguales entre sí; nada podrá ser y no ser al mismo tiempo, etc.

En lo que nos diferenciarémos será en la cantidad y no en la calidad del entendimiento. Podemos presumir que en tal planeta están más atrasados que en éste, y en tal otro están más adelantados. Y podemos presumir también que hay castas de animales racionales, en otros planetas, superiores por naturaleza á los que aquí hay; ya que, aún aquí mismo, en la tierra, hay castas de hombres más listos y capaces que otros, pues no hemos de negar que los ingleses, por ejemplo, son, hasta por naturaleza, y no solo por educación, superiores á los zulúes.

Dadas ya esta variedad y abundancia de seres que vemos, columbramos ó suponemos, y con asiento noso-

tros en este teatro, donde asistimos á un espectáculo que no tiene fin, ni en el espacio ni en el tiempo, ó si le tiene, va más allá ese fin de la más audaz imaginación y no solo de los ojos, tratemos de explicar el origen del espectáculo mismo, si origen tuvo, y cuál podrá ser su término ó su desenlace, si alguna vez le tiene. Si hacemos bien esto, construiremos, sin duda, una filosofía verdadera, y por lo tanto perenne, lo cual no será solo para mera curiosidad, sino será asunto de inmenso interés para todos los hombres, ya que nos hará ver claro cuál es nuestro destino futuro y las causas y propósito de cuanto existe.

Yo creo que, á pesar del telescopio y del espectroscopio, no estamos aún muy al corriente de lo que pasa en el universo, y que por arte experimental ó de observación, solo conocemos del universo un mezquino rincón, y éste mal y de modo somero. Me allano, no obstante, á aceptar con vd. lo que vd., no por experiencia, sino por analogía infiere, y doy por verdad el progreso como ley cósmica.

Dice vd. que nada sale de la nada, y que la sustancia, la materia prima, lo que es, llámese como se llame, existe *ab eterno*. Sea así. Aunque se me ocurre una grave dificultad, no quiero reparar en ella. Toda la sustancia ha estado en el caos hasta que el universo empezó á formarse. Salió del caos el calor, salió la luz y empezó el progreso. Si supusiésemos ó imaginásemos que antes de este universo progresivo y antes del caos, hubo algún otro universo que volvió á dicho caos, todo nuestro sistema se hundiría. Adios, progreso seguro, infalible y sin fin. Así como pudo destruirse otro

universo anterior, podría éste destruirse también, y entonces todas nuestras esperanzas de inmortalidad saldrían hueras. Volveríamos al caos todos. Decidamos, pues, que no ha habido ni podido haber otro universo sino el presente, y que antes de él solo hubo caos eterno, hasta que, hará un millón, un billón ó más de años, se le antojó al caos organizarse, convertirse en universo y ser progresista.

Aquí tropiezo con otra dificultad; pero voy á dar un rodeo para pasar adelante y no quedarme atascado en medio del camino.

En el caos estaban, en potencia, en germen, el calor, la luz, la vida, la inteligencia, la conciencia, etc.; pero desde el germen al desarrollo, desde la potencia al acto, hay una distancia, hay un abismo que no se rellena con el tiempo solo. Por muchísimos siglos que pongamos entre un ser que casi es no ser, entre el caos ó la materia prima y el universo de ahora, no pondremos puente, y será menester dar un salto audaz é inexplicable.

En el caos estaba el germen de todo, como en la bellota está el germen de la encina; pero, así como la bellota se quedará bellota y no llegará á ser encina nunca si no le dan jugos la tierra, el agua y el aire, y luz y calor el sol, así también el caos se hubiera quedado caos, sin algo extraño que moviese sus gérmenes. Ponga vd. el caos como quien pone un huevo; pero, si álguien no lo empolla, huevo se quedará y no saldrá de él pajarillo. Repito, con todo, que yo soy de buen componer, y hago la vista gorda, y paso porque el caos, por sí y ante sí, sin nada de fuera que lo sacu-

da, tiene en un momento memorable el capricho de organizarse y dejar de ser caos.

Lo primero que el caos saca entonces de sí mismo es una cosa que vd. llama *agente cósmico* ó *causa creadora*, como si dijéramos un *demiurgo*.

Raro é inexplicable ser es este *demiurgo*. Tiene poder é inteligencia y no es persona. Desde que aparece hasta hoy, su inteligencia y su poder van creciendo; pero sin llegar nunca á la personalidad y á la personalidad y á la conciencia. La conciencia y la personalidad solo aparecen en nosotros y solo están en nosotros: los hombres.

Mucho queda que andar al caos y al *demiurgo* ó agente cósmico, que en él reside, para llegar á producirnos, á nosotros, seres humanos. Dejo de señalar aquí los pasos que dan caos y *demiurgo*, y si álguien quiere saberlos, le remito á la *Historia de la creación de los seres organizados*, donde Ernesto Haeckel lo explica todo con tanta puntualidad y exactitud como si hubiera seguido la pista al *demiurgo* y hubiera presenciado sus hábiles é inteligentes, aunque inconscientes operaciones.

Baste saber en compendio que, allá en la edad primordial, nuestro padre común fué el *protoplasma*, organismo sin órganos: un moco, con perdón sea dicho. Este moco, que no era moco de pavo, va progresando á través de las edades, y llega á ser gusano con forma de saco. A fuerza de trabajar y luchar por la vida, consigue luego el gusano tener vértebras; pero sin cráneo ni sesos aún. Luego se proporciona cráneo y sesos. Más tarde adquiere mamas ó tetas. En seguida

vienen los marsupiales, transición entre el ovíparo y vivíparo. Síguese el animal que ya pare de veras, y de aquí el mono, y luego el mono catarrinio y con cola, durante el período eoceno; el catarrinio pierde, en el mioceno, la cola, y por último, en el período plioceno, surge el hombre pitecoide, *alalo* ó sin palabra. De este hombre pitecoide nacen luego, siguiendo el progreso, los *ulotrixos*, ó gente de pelo crespo, y los *lisotrixos*, ó gente de pelo liso, y de éstos, todas las razas humanas, de las cuales las más bien dotadas, hasta hoy, parecen ser las *euplocamas*, ó de cabello suave y con bucles; y de estas gentes *euplocamas*, las más nobles son las que vinieron á establecerse á orillas del Mar Mediterráneo, á saber: semitas, vascos, indo-europeos y caucásicos.

Yo acepto todo esto como si no hubiese la menor objeción que hacer.

Tenemos, pues, los datos para nuestra filosofía. Filosofemos.

El progreso es evidente y constante.

Desde la monera, desde el protoplasma, desde el moco, hemos llegado á un organismo tan complicado como el de nuestro cuerpo, y en él, por vez primera, ha aparecido la persona, la conciencia y la reflexión, por cuya virtud nos entendemos.

Si vd. da al alma humana todos los caracteres y atributos que al espíritu dábamos antes; si vd. reconoce que es una, indivisible, sutilísima é inmortal, nada importa el nombre. Llamémosla, pues, cuerpo fluido, ya que este cuerpo ha de correr con más que eléctrica velocidad, por donde venga á ser como ubicuo, y ha de

sustraerse á la corrupción y á la muerte, y ha de cruzar el éter y toda la amplitud de los cielos, y ha de conocer y ha de amar cuanto en ellos se contiene de bueno, verdadero y hermoso.

Muy bien me parece, además, que estas almas, para ir ascendiendo á la perfección, necesiten de más de una vida, y hasta considero razonable la sospecha que tiene usted de que el Flammarion de ahora sea Giordano Bruno redivivo y de que el benemérito republicano Benito Juárez, á quien tanto deben la democracia y autonomía mexicanas, no haya sido otro más que el rey ó emperador Cuauhtemoc, de gloriosa memoria.

Lo que se me resiste bastante es eso de que nuestra alma sea neutra, y ora se encarne en cuerpo de mujer, ora en cuerpo de hombre. Alguna fuerza tiene el raciocinio que vd. hace de que, si fuéramos hombres ó mujeres siempre, no sabríamos por experiencia sino la mitad de lo que hay que saber; pero ¿qué quiere usted?..... á pesar de todo, me repugnan estos cambalaches.

Usted quiere que dicha ley se cumpla en todo, y para ello afirma que, una vez que tenemos persona y conciencia, y aún antes, en la sustancia donde la conciencia y la persona están en preparación, hay inmortalidad. Según vd., de la materia más sutil y etérea se forman concreciones y organismos sutilísimos, y éstas son las almas de todo: las cuales almas van progresando, educándose y pasando de unos cuerpos en otros, desde el helecho, por ejemplo, hasta el cuerpo de Darwin. Así éste ser sutil logra aprenderlo todo por experiencia y desenvuelve sus facultades.

Si estos cuerpos, fluidos y etéreos son indestructibles, equivalen á lo que antes llamábamos almas. Así se destruye el dualismo que se ponía entre espíritu y materia. Y á la verdad, como ni de la materia ni del espíritu conocemos la esencia, y solo sabemos de ellos por los atributos y efectos, yo no quiero, ni debo por lo pronto, suscitar disputa.

¿Acabará aquí el progreso ó seguirá adelante? Seguirá adelante. La historia de la humanidad lo demuestra. Ahí están todos los primores, lindezas, galas y artefactos, leyes, vestimentas, casas y música, que hemos inventado. desde que dejamos de ser *alalos* y rompimos á hablar, hasta hoy que tenemos telégrafo, teléfono, fotografía, torpedos y dinamita.

Lo extraño es, y vuelvo á uno de mis temas, que el *agente cósmico*, la *causa creadora*, como vd. la llama también, haga todo esto, con sabiduría estúpida, y sin saber lo que hace, pues si lo supiera, diría con más razón que Virgilio: *Sic vos non vobis*. Da inteligencia, da personalidad, da mil cosas más, y se queda sin nada. La antigua sentencia que reza, *nemo dat quod in se non habet*, pierde aquí todo su valor.

Pero si la conciencia y la personalidad no están en el *agente cósmico* y están solo en cada uno de nosotros seres humanos, como quiera que nosotros vivimos unos cuantos años y nos morimos luego, la ley del progreso se realizará en todo, menos en la conciencia y en la personalidad individuales.

Noto ahora que mi carta va siendo demasiado larga, y como tengo muchísimo que decir aún sobre su libro de vd., lo dejo para otras y termino ésta asegurando

do á vd. que ha de quedar vd. menos disgustado de lo que me queda por decir, que de lo que he dicho hasta ahora. De todos modos es su atento y seguro servidor y desea ser su amigo.

JUAN VALERA.

II

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: A pesar de todo mi escepticismo, es tanto lo que me agrada y consuela eso que vd. asegura de que tenemos un cuerpo fluido inmortal, que me inclino muchísimo á darlo por probado.

No se contenta vd. con aducir argumentos teóricos en favor de tal aserto; sino que sostiene que la existencia de dichos cuerpos fluidos, sutiles é indivisibles (que si vd. me permite seguiremos llamando almas, por ser más breve), se sabe por experiencia: esto es, que desde muy antiguo estamos en comunicación con las almas, y que no es delirio sino realidad la *psicogogia* ó nigromancia: el arte de evocar á los muertos y de traerlos á que hablen con los vivos. Las historias profanas y sagradas están llenas de casos semejantes. Saul evoca por medio de la Pitonisa de Endor, la sombra ó alma de Samuel; Pausanias de Bizancio, la de su querida Cleonice; y Periandro la de su esposa Melisa. Con el andar del tiempo, parece que este arte ha adelantado mucho, y hoy se llama *espiritismo*.

Yo no he de negar aquí el *espiritismo*; pero he de apuntar ciertas dudas que me asaltan.

Esos espíritus ó cuerpos ténues, imperceptibles á nuestros sentidos en el estado normal de éstos, ¿por qué han de ser precisamente almas humanas, separadas de sus cuerpos? ¿No podrán ser otro linaje de seres? Como vd. desecha toda religión positiva, yo me guardaré bien el suponer, ni por medio minuto, que puedan ser diablos ó ángeles; pero ¿por qué no serán duendes, ondinas, sílfides, driadas, gnomos ó algo así? Ya que vd. da por segura la existencia de esos cuerpos orgánicos, ténues y etéreos, debe vd. ser consecuente y no creer que los tales cuerpos solo se crían para envainarse en cuerpos sólidos humanos y animarlos. ¿Por qué no los ha de haber que bailen por el aire ó penetren en las entrañas de la tierra, ó vivan en el seno de los mares, y hasta en la luz y en el fuego, y desdeñen de encerrarse en ese forro ó guarda-polvo de nuestros cuerpos sólidos visibles? Ello es que las historias están llenas también de amores, amistades y tratos de estos seres con personas de nuestra especie, que han tenido bastante perspicacia y agudeza en los ojos ó en los oídos para verlos ó para hablar con ellos.

El padre Fuente de la Peña ha escrito con buen tino sobre estas relaciones de hombres y de mujeres con entes racionales, no humanos, y por lo común invisibles, que viven en nuestro planeta. Y más singular y luminosamente ha tratado el asunto, en una obra eruditísima, el reverendo padre Sinistrari del Ameno. Aseguro á vd. que son divertidísimos los verídicos amoríos